

CARLOS JUNQUERA RUBIO

# RITUALES





# RITUALES



CARLOS JUNQUERA RUBIO

# RITUALES

ACCI ediciones (Asociación cultural y científica iberoamericana) apoya la protección del copyright.

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

© Obra: RITUALES  
Primera edición: Marzo, 2026

© Autor: Carlos Junquera Rubio

Fotografía de portada: Juan José Pastor Martínez.

Foto de la portada: mujeres de la etnia Mumuila, del sur de Angola.

ISBN: 979-13-88213-15-1

© Editado por ACCI ediciones // [www.acciediciones.com](http://www.acciediciones.com)  
Gestión, promoción y distribución: Límbica Ediciones S.L.  
C./ Puentelarra, 68, 2º A, 28031 Madrid. España.  
Tlf: 0034 91 3117696 // Email: [pedidos@limbicaediciones.es](mailto:pedidos@limbicaediciones.es)  
[www.visionnet-libros.com](http://www.visionnet-libros.com)

Disponible en librerías físicas y online.

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.es](http://www.cedro.es) o por teléfono 917021970) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra. Gracias por comprar una edición autorizada de esta obra y por respetar las leyes del copyright.

*Al doctor William Guerrero Gargurevich,  
como testimonio de casi medio siglo de amistad limpia,  
fructífera y profunda*



## PRÓLOGO

---

Conocí a Carlos Junquera en Marruecos, hace ya más de una década, en uno de esos escenarios donde el clima, la luz y la conversación prolongada obligan a pensar con hondura. Recuerdo que, desde el primer momento, advertí en él algo poco frecuente: la serenidad de quien ha visto mucho y la inquietud intelectual de quien todavía desea comprender más. No hablaba para impresionar, sino para explicar; no acumulaba anécdotas, sino experiencias destiladas. Supe entonces que estaba ante alguien que tenía mucho que decir y, sobre todo, mucho que aportar a la sociedad. Y desde entonces hemos compartido más estancias en suelo africano, charlas en directo y reflexiones en forma de artículos o ensayos compartidos.

Tuve el placer de reseñar *Cachuelas de sangre y muerte en el Amazonas* en Virajes, revista de Antropología y Sociología (<https://doi.org/10.17151/rasv.2025.27.1.11>). Una obra en la que Carlos desplegaba con firmeza etnográfica y pulso narrativo una mirada compleja sobre la violencia, la memoria y la dignidad humana. Hoy me honra prologar este nuevo libro, dedicado a los rituales, un tema que podría parecer modesto y, sin embargo, resulta decisivo para comprender quiénes somos.

Algunos consideran los rituales simples costumbres, gestos repetitivos, fórmulas heredadas que sobreviven por inercia. Nada más lejos de la realidad. Desde el púlpito que nos ofrece la antropología —y desde el privilegio que tenemos como observadores sociales— podemos afirmar que los rituales constituyen el pegamento psicológico y social que nos mantiene cuerdos y conectados. No hablamos únicamente de ceremonias religiosas ni de solemnidades litúrgicas; también cuentan el café de la mañana preparado con pausa, el apretón de manos antes de un partido, el silencio compartido ante una pérdida, la rutina que nos acompaña cuando cruzamos el umbral del trabajo al hogar.

El cerebro humano ama la predictibilidad. En contextos inciertos, el ritual actúa como un ancla. Al repetir una secuencia conocida, enviamos a nuestro sistema nervioso una señal inequívoca: todo está bajo control. Ese gesto ordenado reduce la ansiedad, atenúa el estrés y nos devuelve una sensación de estabilidad. Pero el ritual no solo calma; también estructura. Marca transiciones. Nuestra vida está hecha de

umbrales: del niño al adulto, del soltero al casado, del estudiante al graduado, del vivo al muerto. A escala macro, bodas, graduaciones o funerales nos ayudan a entender que una etapa ha concluido y otra comienza. A escala micro, el simple acto de cambiarse de ropa al llegar a casa le dice a la mente que es tiempo de descanso. Sin rituales, las fronteras se diluyen; con ellos, la experiencia adquiere forma.

Además, los rituales tejen comunidad. Cuando un grupo de personas ejecuta la misma acción al mismo tiempo —cantar un himno, celebrar un cumpleaños, marchar en procesión— se produce una sincronía emocional que refuerza la pertenencia. No estamos solos: somos parte de algo mayor. En esa dimensión compartida se halla una de las claves de la supervivencia social.

Y todavía más: el ritual otorga significado. A diferencia del hábito puramente funcional, el ritual introduce una capa simbólica. Convierte la comida en cena familiar, el ejercicio en disciplina de superación, el saludo en reconocimiento mutuo. Nos obliga, en no pocas ocasiones, a abandonar el piloto automático y a habitar el presente. En un mundo acelerado, esta dimensión de atención y presencia resulta casi subversiva.

Si descendemos de la psicología cotidiana a los clásicos de la antropología y la sociología, comprobamos que estas intuiciones fueron formuladas con admirable lucidez. Arnold van Gennep mostró que los ritos de paso siguen una estructura tripartita —separación, liminalidad, agregación— que organiza las transiciones vitales. Victor Turner profundizó en la liminalidad y acuñó el concepto de *communitas*, ese estado de igualdad y unidad que suspende las jerarquías durante el ritual. Émile Durkheim explicó que el ritual no está dirigido tanto a los dioses como a la propia sociedad, y habló de la efervescencia colectiva que emerge cuando un grupo se reconoce a sí mismo en la celebración. Mircea Eliade vio en el rito la posibilidad de acceder al tiempo mítico, de recrear el origen y dotar de eternidad a la experiencia humana. Clifford Geertz, finalmente, nos enseñó a leer los rituales como textos culturales, relatos densos mediante los cuales una sociedad se interpreta y se narra.

Este libro dialoga con todos ellos, pero no se limita a repetirlos. Carlos Junquera escribe desde la experiencia de campo, desde el polvo de las aldeas africanas, la humedad amazónica, la altura andina o el frío ruso y el canadiense. No teoriza desde la distancia aséptica, sino desde la convivencia con quienes viven sus rituales como necesidad vital. En estas páginas, el lector encontrará neandertales homenajeados con flores, jóvenes que saltan sobre vacas para alcanzar la adultez, comunidades que imploran lluvia, procesiones que recorren campos y ciudades, gestos cotidianos que, sin saberlo, sostienen nuestra identidad.

El protagonista de este prólogo no es el prologuista ni su memoria africana; es este libro. Un libro que reivindica el ritual como estructura profunda de la condi-

ción humana. Un libro que nos recuerda que, más allá de la tecnología, la globalización o las modas ideológicas, seguimos necesitando ceremonias para ordenar el caos y para reconocernos en los otros. Un libro que demuestra que el ritual no pertenece al pasado, sino al presente más inmediato.

En tiempos que proclaman la desaparición de las formas tradicionales, Carlos Junquera nos invita a mirar con atención y a descubrir que los rituales no han muerto: se transforman, mutan, se infiltran en lo cotidiano. Y mientras haya seres humanos que necesiten sentido, comunidad y consuelo, habrá rituales.

Prologar esta obra es, para mí, una continuación natural de aquella conversación africana de hace más de una década. Entonces intuía que Carlos Junquera tenía mucho que decir. Hoy lo confirma con estas páginas: el ritual no es un vestigio; es una necesidad. Y comprenderlo es, quizá, una de las tareas más urgentes de nuestra época.

Alfonso Vázquez Atochero  
Universidad de Extremadura



## INTRODUCCIÓN

---

Este libro nace de una petición que me ha hecho mi excelente amigo lambayecano, el Doctor William Guerrero Gargurevich, médico de profesión y muy atento al desarrollo de las ciencias humanas y sociales. El motivo de solicitarme este texto procede, según me confesó en una de nuestras conversaciones telefónicas, que organizó unos coloquios sobre ritos, rituales, ceremonias, etcétera, y se encontró con un vacío considerable a la hora de conseguir especialistas sobre los temas que voy a tratar aquí y que espero sirvan para entender un poco más cómo actuaron nuestros antepasados, los lejanos y los inmediatos, a la hora de proceder en privado y en público, así como las razones que les llevaron a actuar como lo hicieron; es más, si esa tarea de siglos tendrá o no continuidad. Espero que el texto no defraude sus expectativas.

Igualmente, en el cruce de muchas lógicas interactuando voy a valorar creencias y ceremoniales que han desarrollado sociedades consideradas como no occidentales desde el punto de vista cultural, pero teniendo en cuenta también que han sido europeos y norteamericanos los que han dedicado reflexiones a estos temas, pero que más de uno ha valorado la forma de pensar ajena, sea sobre sociedades preestatales o ya estatales.

Desde que surgió la humanidad hasta hoy y así lo seguirá siendo, nuestras vidas se desarrollan al unísono con todo un serial de hechos materiales e inmateriales, de los que muchas veces no somos ni conscientes, pero que pueden impactar profundamente en la existencia social, económica, política y religiosa tanto del pasado como del actual presente; es más, la existencia humana no se puede entender separada de rituales que se han ido inventando e incrementado a medida que la sociedad pasa de homogénea a heterogénea, de endogámica a exogámica, etcétera.

Los humanos no podemos evitar participar en protocolos con muchos matices, lo que no significa que todos sean iguales en intensidad o en importancia, ya que esto dependerá de lo mucho o poco que representen para el individuo en sí, o para el colectivo; es más, un mismo acontecimiento no significa lo mismo hoy que veinticinco años atrás, por ejemplo, ya que se requiere motivación y esta puede crecer

o mermar. Los rituales son universales, pero esto no indica que cumplan con los mismos requisitos en todos los lugares. Desde el punto de vista de las creencias religiosas, un católico puede sentir el deseo de acudir a misa todos los días; un musulmán puede tener la misma pulsión para asistir a la mezquita, y así podríamos citar un largo etcétera de posibilidades para cumplir con los ideales que demandan las divinidades en las que se cree.

A lo largo de mi vida profesional he observado muchas veces, en sociedades consideradas simples o preestatales, que todas ellas invierten más tiempo en celebraciones de rituales, que en producir alimentos. Esta investigación la he podido constatar y corroborar en poblaciones amazónicas, andinas, árticas, subárticas y sahelianas, por ejemplo, y no creo que sean las únicas (Junquera Rubio, 1991: 15-36, 1992: 103-106, 1995, 2017, 2017, 2021, 2022, 2023; Junquera Rubio y Pastor Martínez, 2016).

Estos criterios son extrapolables a corporaciones desarrolladas, que despliegan muchas energías en celebraciones cíclicas, que suelen repetirse de año en año unas veces, o con carácter estacional otras; es decir, a lo largo de los doce meses del año, las comunidades repiten sus fiestas comunitarias (Junquera Rubio, 2006: 35-54). Al socaire de lo dicho, se han detectado solemnidades patrimoniales en invierno, primavera, verano y otoño y todas ellas con objetivos individuales, sociales, religiosos, económicos y políticos (Caro Baroja, 1965, 1979, 1984, 1989, 2004).

Muchos de los rituales a los que asistimos como actores o como espectadores incluyen componentes de credos religiosos: bautizos, confirmaciones, matrimonios y funerales, por ejemplo, y sin ser el total por esta línea; pero también ocurren desfiles militares, asistencia a espectáculos taurinos o deportivos, intercambios de regalos en fechas muy concretas, que dicen algo para un sujeto en sí y que nada indican para los ajenos, etcétera.

Los ceremoniales a nivel global están en nuestras vidas, pero también lo están a nivel particular. Añado ya que el ritual en sí es el que da forma a nuestra identidad colectiva e individual, lo que no indica que el mismo sea de total participación para todos los individuos que se refugian bajo el mismo paraguas, ya que la intensidad de vivir el concepto de quienes se sienten españoles, por ejemplo, no creo que signifique lo mismo para los de un partido político que para los de otro u otros en esa nación.

La sensibilidad no es unánime y este criterio es extrapolable a todos los países, pero también hay que hacer la salvedad de que muchos individuos de distinto signo político sienten unánimemente los colores de *su equipo de futbol* sin que noten discrepancia en su identidad, ya que aquí coinciden. Y este criterio puede extrapolarse a los motivos religiosos; es decir, personas de diferentes credos pueden ser aplaudi-

das y admiradas como futbolistas, o como deportistas de élite, y no por ello dejar de pensar como tradicionalmente lo vienen haciendo.

Hace poco tiempo puse de manifiesto el ejemplo de Larbi Ben Barek, un futbolista nacido en Casablanca, cuando esa ciudad era colonia francesa. Jugó en varios equipos europeos (franceses y españoles), en la selección francesa y en la marroquí cuando Marruecos logró la independencia de Francia y de España (Junquera Rubio, 2024: 129-146). En este sentido, entiendo que reflexionar sobre el ritual es como explorar continuamente los ritos y ceremonias que van apareciendo a lo largo de nuestras vidas y que, en ocasiones, nos las moldean a su gusto.

El ser humano es muchas cosas y ha elaborado culturas diferentes, pero en todas ellas aparecen rasgos comunes: idioma, herramientas, simbolismos, cánticos, criterios políticos, credos religiosos, identidades de grupo, etcétera. El registro arqueológico revela que los rituales ya estaban sobre el paisaje antes de que apareciera el *Homo sapiens*; es decir, antes de que apareciera el hombre ya se habían instituido.

Este escenario fue localizado por los arqueólogos hace muchos años cuando estaban excavando en geografías del actual Irak. Ralph Solecki, de la universidad norteamericana de Columbia, excavó en el sitio de Shanidar entre los años 1951 y 1961 y cuando se aplicaron al nivel IV se encontraron con una tumba neandertal, que fechó entre 60 000 y 80 000 años antes. En esa sepultura encontraron nueve esqueletos de individuos adultos e íntegros y lo que asombró fue el polen detectado en el interior, lo que demostraba que habían sido homenajeados con flores, lo que muestra que ya antes del *Homo sapiens* se ofrecía culto a alguien, ya fuese familiar o líder. Solecki escribió<sup>1</sup>: “*must have ranged the mountainside in the mournful task of collecting flowers for the dead*” (Solecki, 1954: 398-425, 1971).

Cuando estaba a punto de rematar este libro, me he tenido que retrasar un poco debido a la aparición de una publicación muy reciente, centrada en el sur de la península Ibérica, y debida a varios autores. La misma se refiere en el arte paleolítico en cuevas con pinturas calificadas del paleolítico, lo que demostraría que la expansión, para este menester, es muy amplia (Cantalejo Duarte et alii, 2025: 371-401).

La existencia de rituales no significa que estos se queden estancados e inamovibles. Los animales también tienen comportamientos que muestran una ritualización observable, pero exclusivamente repetitiva; lo que no ocurre con los símbolos humanos, que pueden lucir idéntica indumentaria de un año para otro, pero nunca se repetirá la misma escena salvo en los objetivos más importantes. Entiendo que reflexionar sobre el ceremonial es lo mismo que hacerlo sobre la naturaleza humana, que ha planificado sociabilidad y cultura; es más, en los últimos tiempos hasta

---

<sup>1</sup> “Debió haber recorrido la ladera de la montaña en la triste tarea de recoger flores para los muertos”.

el turismo que desvirtúa, de alguna forma, los contenidos, porque el papel de espectador nunca alcanzará al de actor.

El ritual es algo que no logramos obviar. Algunos pueden ser más o menos trascendentales para ciertos individuos, sociedades o colectivos. Un joven hamer, sociedad nilótica asentada en el sur de Etiopía, si quiere casarse debe superar primero todo el contexto que requiere la celebración del *ukuli*, consistente en saltar por el lomo de siete vacas colocadas una tras otra y sujetadas por conciudadanos del candidato a *donza*, que serán los testigos y los obligados a testificar que el joven soltero ha superado la prueba, aunque toda la sociedad esté presente. Logrado el triunfo ya podrá casarse y llegar a ser jefe de su unidad familiar que iniciará con un cierto número de vacas para comenzar a disfrutar de esa independencia (Pastor Martínez y Junquera Rubio, 2008).



El salto de las siete vacas obligatorio para alcanzar el estatus de *ukuli*.  
Foto: Juan José Pastor Martínez, octubre 2006.

Entre los haramkbet (también haramkbut) de las Amazonia peruana, los jóvenes (*shipo*) para llegar a ese estatus en su sociedad adquieren primero la posición de adultos (*huambo*) y desde esta ya pueden aspirar a ser hombres (*hombukerek*). Estos pasos exigen tiempo y lo alcanzan aquellos que han sido capaces de triunfar en la danza *huambukerek*, ya que superando esos estadios se está ya en el camino de la ancianidad o *hatone*, puesto que todos los eslabones han estado vigilados precisamente por los ancianos; es decir, estos últimos son los encargados de manifestar que un individuo está ya preparado para formar parte de la sociedad adulta, o que hay que retrasarle un tiempo hasta que logre la madurez requerida. El paso de joven a

adulto supone una transformación importante en la vida de cada individuo (Junquera Rubio, 1991).

En el caso de quienes son presentadas en sociedad sean mujeres, el ceremonial se desarrolla con características apropiadas para el momento. En el Bajo Urubamba, el lugar en que se encuentra Sepahua, las jóvenes pasan de niñas a adultas y casaderas después de ser presentadas a la comunidad en la ceremonia denominada Pista. Las candidatas aparecen con tatuajes temporales sobre sus cuerpos indicando a qué clan pertenecen y todas ellas aparecerán en el momento preciso con un cuenco de cerámica elaborado para la ocasión y lleno de masato<sup>2</sup> que irán ofreciendo a los asistentes hasta que se agote.



Joven pira presentada en sociedad en Sepahua. Foto: Carlos Junquera Rubio, año 1976.

Los autóctonos atapascanos, asentados en poblados establecidos en las márgenes de los ríos y lagos de los Territorios del Noroeste de Canadá, que conforman la gran depresión del río Mackenzie, invierten muchas horas celebrando ceremoniales. En estos casos, nada se desarrolla sin el toque constante de los tambores de cuero, con una cadencia musical muy monótona y repetitiva, pero que es la que va preparando

<sup>2</sup> El masato se elabora con yuca masticada con la boca y echada a un recipiente que se rellenará con agua. La fermentación elimina posibles efectos adversos.

a los individuos para que concurran y superen la situación propuesta (Junquera Rubio, 2022).



Tambor de piel de caribú, elaborado por nativos atapascanos de los Territorios del Noroeste de Canadá. Foto: Elaine Keillor, Yellowknife, 1984.

De una u otra forma, las sociedades humanas de cualquier lugar y tiempo, han invertido y lo siguen haciendo muchos esfuerzos en celebrar acontecimientos individuales y sociales, que dicen algo para quienes están involucrados en su éxito. Las procesiones de Semana Santa, por ejemplo, exigen a las diferentes cofradías implicadas en los festejos que dediquen tiempo y esfuerzos en actividades secundarias, que triunfarán o no el día que salgan a la calle y sea el jurado popular quien decida si lo hecho está bien o carece de relevancia.

A lo largo del año 2025, la ciudad de Sevilla ha estado meses en vilo ante una restauración realizada en la imagen de la Virgen Esperanza Macarena. Ante las protestas de cofrades y extraños, fue necesario dar marcha atrás y devolver a la escultura a su situación tradicional. Todo este trajín está en los medios de comunicación

social y pueden extrañar o no, pero para los actores principales era una cuestión de honor solventar el asunto, o debían morir con *las botas puestas*.

Ningún ser humano puede vivir ajeno a los rituales, participe en ellos o no. A nivel personal y colectivo, acudimos a festejos familiares de cumpleaños, de matrimonios, de fallecimientos y de entierros, por ejemplo; pero también, podemos congregarnos en inauguraciones de obras públicas, partidos de fútbol, festivales musicales, intercambio de regalos, observar desfiles militares, acudir a mítines políticos, a graduaciones universitarias cuando hemos acabado estudios, ceremonias religiosas de todo tipo, presentación de cartas credenciales de los embajadores ante el jefe del estado en que van a cumplir sus funciones diplomáticas, etcétera. Y lo que es más importante aún, estos acontecimientos pueden influir para modelar nuestra identidad (Junquera Rubio, 2023).

Deliberar sobre el ritual es estudiar su origen, su poder para personas y colectivos, deliberar sobre el potencial que puede tener cuando incluso cuenta con capacidad para condicionar sentimientos personales y colectivos, tanto *ayer* como *hoy*. El impacto de las ceremonias en nuestras vidas y en nuestras sociedades homogéneas y heterogéneas es una realidad desde antes de la prehistoria hasta la actualidad.

Hasta la fecha no ha surgido ningún protocolo que tenga la suficiente magnitud como para erradicar los rituales de nuestras vidas. Las filosofías ateas, las que dicen que no creen en ningún ser superior porque no existe, propugnándose como agnósticos, y puede que no les falte alguna razón, resulta que, ante la muerte de un líder destacado, los aspirantes a sucederle se congregan en un lugar determinado previamente para despedirse de él. Estos hechos pueden contemplarse incluso cuando ya ha pasado más de un siglo, como es el caso de lo que los seguidores designan como triunfo de la Revolución en Rusia.

El máximo representante, Lenin, reposa en un mausoleo en la plaza Roja de Moscú y todos los días recibe el homenaje de sus admiradores durante unas tres horas. En alguna ocasión he participado en esa procesión. Además, basándonos en hechos relativamente cercanos, cuando fallecía alguno de los herederos importantes se enterraba en las cercanías de las murallas del Kremlin y el respeto hacia ese cadáver podía mantener intocada su sepultura; pero, si por alguna razón, los seguidores eran desplazados por los de otra facción, entonces podía ocurrir que los restos de ese personaje pudieran extraerse y depositarse en lugar desconocido como venganza. Todo esto incluye decisiones sociales, políticas y ceremoniales pertinentes, amén de jurídicas.

Por el momento, en la sociedad posindustrial en la que vivimos, los criterios personales y sociales han sido incapaces de liquidar cualquier tipo de ritual. La historia discurre con cambios de mentalidad y los ceremoniales religiosos han querido siempre superarse eliminando ingredientes molestos reales o supuestos. Los intelect-

tuales, como mentes avanzadas, opinan que sus sensibilidades pueden conectar con gentes y colectivos dispuestos a secundarles o no.

El progreso se ha entendido siempre como idóneo para avanzar, pero no siempre puede ocurrir un contexto total dispuesto a asumir las nuevas tesis por novedosas que sean. Cuando Lutero expuso lo que rechazaba y asumía del cristianismo, al margen de si tenía razón o no, una de las propuestas era que sus seguidores debían desconfiar de los ya entendidos como viejos rituales y que aceptaran otros nuevos (López Rubio, 2007).

Al margen de lo que se crea o deje de creer, el mercado es una realidad que genera bienes, intercambios y desconfianzas, pero se acude a él. La antropología comenzó a detectar que para que acontecieran trueques entre sociedades afines y diferentes, que primeramente debían cumplirse ciertos ritos gestados y gestionados para cumplir con esa necesidad. Incluso, en lo que se denomina *mercado mudo*, en el que los que intercambian no se ven y puede que ni se conozcan nunca actúan por criterios establecidos por sus antepasados, que decidieron previamente elegir lugares en los que depositar unos bienes, que deberían coger sus adversarios dejando otros a cambio en el mismo sitio (Sierra de la Calle, 2012: 37-450). Estudiar el ritual es cavilar sobre actitudes y suposiciones, las que conforman la vida de todas las personas, ya que, al margen de creencias, las emociones también cuentan.

En consecuencia, con lo dicho, la primera pregunta que debemos hacernos es la siguiente: ¿qué es el ritual? Ya que si vamos a tratar este asunto parece lógico que comencemos reflexionando sobre él, a pesar de que cuenta con todo un serial de reflexiones previas que se le han aplicado numerosas definiciones. Por otro lado, los científicos dedicados a investigar en ciencias humanas y sociales no ofrecen opiniones unánimes; más bien, acontece lo contrario. Esta discrepancia la puso de manifiesto el británico Edmund Leach en 1968, cuando expuso en su entrada titulada *Ritual*, para una obra enciclopédica, que “*existe un amplio desacuerdo sobre cómo debe usarse la palabra ritual y cómo debe entenderse su ejecución*” (Leach, 1968, 13: 520-526).

Hace cincuenta o sesenta años se carecía de un acuerdo mayoritario sobre una definición; más bien, se pensaba en la utilidad social que podían contener ciertas ceremonias, y si las mismas podían hacer algo o nada a pesar de estar arraigada la creencia en ellas. Un ejemplo de esto lo encontramos en las épocas de sequía o con escasez de lluvias. Las culturas tradicionales buscan en alguna divinidad la posibilidad de establecer un ritual permanente que conceda la tan deseada lluvia, pero el mismo puede ser que acierte o falle.

En un momento en el que estaba realizando una investigación sobre molinos harineros en la ribera del Duerna en 1995, en donde se encuentra el pueblo de

Castrotierra, que alberga la iglesia y santuario de la designada Virgen del Castro, en conversación con tres vecinos de aquella localidad, se me ocurrió preguntarles por los motivos por los que, en la última salida de la imagen en procesión hasta la catedral de Astorga, resultó que no llovió como se esperaba. Ante mi pregunta, de por qué ocurrió esta negativa divina, uno de ellos me respondió raudo: “*no llovió porque sacaron la falsa*”; es decir, atribuyó a una imagen inexistente la falta de agua caída del cielo, lo que muestra que aún no había perdido la fe de que, en el futuro, con motivo de otras procesiones, lloviera. El ritual en este caso no concedió el bien esperado, pero la esperanza de lograrlo en un posterior y cercano acontecimiento similar, no decayó.



Procesión de la Virgen del Castro hacia Astorga con los montes de León al fondo y los pendones de cada una de las localidades participantes. Foto: cortesía de AstorgaDigital y Wikipedia.

No creo que resulte fácil encontrar acuerdo unánime en lo que afecta al ritual, especialmente por el enorme número de los que se realizan todos los días. Actualmente, las ceremonias laicas superan a las religiosas, al menos en número. Digo esto, porque las primeras reflexiones que se ofrecieron se centraban todas ellas en temas relacionados con la religión y con las creencias personales o colectivas que afloraban en la reflexión.

En los tiempos en los que vivimos, podemos ver a los futbolistas de dos equipos que van a enfrentarse deportivamente y que previamente intercambian banderines, en presencia de quien va a actuar de árbitro y de sus dos jueces de línea. Los operarios de cualquier trabajo cuentan con veinte minutos de descanso para tomarse un café y charlar de cosas ajenas al trabajo. Esperar a que llegue un tren a una estación en la que debemos abordarlo supone compartir esa espera con cuantos van a subirse al mismo medio de transporte.

Norteamericanos y canadienses celebran cada dos de febrero de cada año la salida de una marmota que se hace famosa al despertar después de la hibernación, porque puede predecir el final del invierno y ese acontecimiento se transmite por televisión al mundo entero; es más, si ese animal decide dar marcha atrás y mantenerse en su guarida, los humanos interpretan que el invierno durará seis semanas más; es más, hasta los matemáticos le han dedicado tiempo y reflexiones (Aaron et alii, 2018: 26-29). Quiero decir con esto que la cantidad de protocolos puestos en práctica resulta complicado de catalogarlos, pero están ahí y se celebran con no poca alegría.

Por otro lado, hay que tener en cuenta que los rituales, por lo general, se celebran en público y por esta razón no pueden ser discretos, al menos los que se ofician de esta forma. Esta situación no afectaría a los que deben conmemorarse en secreto o con pocos testigos; incluso los hay que solo cuentan con dos personas, ya que el acontecimiento no desea conocer publicidad.

En cuanto que puede ser entendido como *metacategoría*, puede incluir ritos religiosos y laicos, considerar lo histórico y lo novedoso, lo fijado por norma para su celebración, así como lo que se improvisa sobre la marcha; es más, puede ser igualmente humano y no humano. Adicionalmente, cualquier ceremonial puede conectarse con otros que pueden proceder de la misma cultura o de otras con las que se ponen en contacto de múltiples maneras. Si entendemos que el ritual es acción, lo es porque procede de una idea pensada previamente por alguien que tiene poder para ponerla en ejercicio; más tarde, aparecerá en numerosas oportunidades.

El ceremonial es, ante todo, una gestión de algo que puede coincidir en ser individual y colectivo; es más, es un hecho que se aprende al practicarlo y más si abarca al ámbito social que al individual. El motivo religioso fue el que impulsó a los primeros pensadores. En este sentido, ya en época tardo romana aparecieron las rogativas en las sociedades agrarias, como una consecuencia de carecer de buenas cosechas en el campo por causas climáticas, plagas producidas por microorganismos, acciones de animales, etcétera.

Ante la falta de socorros, los labradores miraron al cielo para que este les preservara la producción y la familia dispusiera de alimentos. ¿Cómo surgieron? Con certeza que muchos siglos antes de que apareciera el cristianismo, la Biblia hace

referencia al tema, en el libro del Éxodo. En este texto se reseñaron a diez plagas que asolaron Egipto en la época faraónica, como consecuencia de que los gobernantes no supieron gestionar a tiempo la libertad de los judíos. El dios de estos envió castigos como una ayuda para que terminara esa situación injusta. Conviene que tengamos claro cómo se desarrolló este ceremonial.

Las culturas tradicionales establecieron rituales que conectaran el campo agrario con la divinidad (Bellido Blanco, 2017: 54-65). Las denominadas mediterráneas deben mucho a las que existieron en la Antigüedad, de las que son deudoras aún. En el caso del catolicismo, se han detectado influencias claras de los rituales romanos designados como *Robigalia*<sup>3</sup>, cuya finalidad era que los sembríos llegaran a adultos y fueran cosechados para alegría de las familias dependientes (Plinio, NH, 18, 169). El festejo se realizaba el 25 de abril de cada año, cuando el cereal estaba ya crecido, en el lugar en que se encuentra actualmente *Il Quirinale*, residencia del presidente de la república italiana (Palmer, 2018: 503-523).

Las rogativas, en el contexto católico, responden a oraciones públicas que se realizan en tres o cuatro sesiones que acontecen antes de la festividad de la Ascensión. El desarrollo se hacía de la siguiente forma: la procesión sale de la iglesia parroquial de cada lugar bien con una Virgen, conocida por su apellido, o con un Cristo. El cortejo presidido por el párroco se dirige hacia la zona oriental de la población y se adentra por el campo y antes de regresar el presbítero bendice los sembrados. La siguiente sesión se realiza exactamente igual, pero caminando hacia el norte y la tercera en dirección sur. Cuando se introdujo la cuarta, se estableció que el cortejo debía orientarse hacia el oeste. La única diferencia está en que en los lugares en los que sale una virgen, esta es llevada por mujeres jóvenes de la localidad; en el caso de que sea un Cristo o un santo entonces son varones los que cargan con la imagen.

Los orígenes de esta celebración en la iglesia católica no están claros. No se duda del impacto notable de la cultura romana, pero sí existe discrepancia respecto al lugar y a quién o quiénes fueron los impulsores. En opinión del abate Nicolás Bergier, sería el obispo san Mamerto, de Vienne, en el Delfinado francés, quien propiciaría el inicio aprovechando los estropicios que habían padecido los campos agrícolas por una serie tras otra de desastres naturales que impidieron cosechar como se requería (Bergier, 1844, IV: 180-181). El papa León III es el responsable de que se instituyeran en Roma primeramente y que se divulgaran también a otros lugares. Esto ocurriría a finales del siglo VIII y comienzos del IX (Panizo Rodríguez, 1991: 138-140).

---

<sup>3</sup> *Robigo* era el dios protector del trigo. Su nombre se asocia con el vocablo *roya*, que es un hongo que asola al trigo, principal alimento para los romanos.

Vamos a reflexionar un poco sobre los orígenes de las rogativas. A finales del siglo VI, Gregorio de Tours señaló que estos rituales eran celebrados por todos; entendiendo por *todos* a toda la comunidad cristiana. La frase que empleó en la lengua latina es esta: “*Quae usque nunc in Dei nomine per omnes ecclesias in compunctione cordis et contritione spiritus celebrator*”<sup>4</sup> (la cual se celebra hasta el día de hoy en nombre de Dios por todas las iglesias con arrepentimiento de corazón y contrición de espíritu). Hubo que esperar más de un siglo para que comenzaran las celebraciones, festejos, e incluso representaciones de tipo carnalesco. El hecho de que Mamerto animara a los vecinos de su ciudad no excluye que en poco tiempo la idea se difundiera por todo el territorio.

Como veremos de inmediato, las rogativas no nacieron en la sociedad católica por motivos de necesidad para aplicarlas a la agricultura; no, la causa que impulsó a Mamerto estaba motivada por la intranquilidad que se registraba en la ciudad de Vienne, sede episcopal, que estaba siendo atacada cruelmente por terremotos, sismos y movimientos de tierra (Alexandre, 1990). Estos hechos nos han sido transmitidos por tres fuentes, dos de ellas del mismo individuo, Sidonio Apolinar<sup>5</sup>, y la otra procede de una homilía pronunciada por Avito de Vienne<sup>6</sup>.

La congoja ciudadana va a servir para que conozcamos las decisiones sociales, políticas y religiosas de las que tuvo que echar mano Mamerto, para salir del trance y conseguir una cierta tranquilidad; es más, las soluciones adoptadas orientan a la defensa social respecto de la calamidad de turno y de la que hay que evitar que afecte negativamente.

La época de nacimiento, asentamiento y difusión se sitúan entre los siglos V y VI y vamos a valorar este aspecto desde tres dimensiones: 1) motivo por el que Mamerto se ve obligado a crear este ritual; 2) razones del resto de los obispos de la Galia para instaurarlas en sus diócesis; y 3) difusión universal, si es que podemos expresarnos así.

Al igual que aprendemos a circular en una bicicleta, o nadamos en una piscina, si deseamos aprender algo sobre el ritual es porque estamos dispuestos a practicarlo; pero, junto con la forma con la que lo celebramos, la gente se detiene también a cavilar, documentar y analizar cuanto se entiende como propio del ceremonial pertinente en el momento de estar insertados en la correspondiente celebración. Ninguna conmemoración o celebración ambiciona a polarizar la acción o la forma de pensar, ya que esto sería una táctica muy común en el estudio de este tema.

Cualquier rito coincide en la forma de pensar y de conocer. El problema que puede plantearse es que nuestros criterios sobre él se forman no solo en su interior,

4 Gregorio de Tours, *Decem libri historiarum*, II, 34.

5 Sidonio Apolinar, *Epistula*, V,14; VII, 1.

6 Avito de Vienne, *Homélie* VI.

sino mediante textos que nos dicen algo y otros ingredientes que se van añadiendo. El Viejo Testamento contiene textos rituales prescriptivos por la Ley que recibió Moisés de Yahvé; es más, señalan cómo hay que adorar a la divinidad y cómo se le deben realizar sacrificios. Como escrito que está diseñado para dirigir conciencias, añade una advertencia crítica sobre el valor social y moral de estos acontecimientos ceremoniosos.

La novela más famosa escrita por Miguel de Cervantes Saavedra, el *Don Quijote de la Mancha*, es un ritual de principio a fin, cuya narrativa va señalando el camino de un cuerdo hacia la locura, para desde esta volver a encontrar la razón antes de traspasar la frontera definitiva. Sancho Panza, como buen monaguillo, le va señalando los peligros en los que puede cortarse el ceremonial, pero no pasa de mera amonestación.

El descubrimiento de América causó fascinación en toda Europa, tarea que puntualizaron los relatos de los cronistas, los de los viajeros y los de los misioneros. Lo desconocido, lo que suponemos que se encuentra más allá de nuestras posibilidades, y un largo etcétera, manifiestan diversas formas de encanto, de desprecio y de enredo con relación a los ceremoniales que son producto de otros. Diego de Landa, como misionero y Cronista de Indias, reseñó muchas ceremonias de los mayas del Yucatán, tarea que hoy consideraríamos antropológica, pero esa acción no le impidió actuar de forma inquisitorial en ocasiones, quemando los libros santos de los nativos por considerarlos heréticos (Landa, 1985).

Los estudios sobre rituales comenzaron a aparecer masivamente a finales de los 1970 y se consolidaron muchos de ellos en la década siguiente. Aconteció una ruptura notable con las investigaciones que habían tenido como campo de estudio los universos religiosos. A partir de 1980 se multiplicarán los aportes que consideran varias disciplinas: etología, antropología, etnología, etnografía, sociología, historia, etcétera. Las preguntas más comunes que se hicieron entonces los estudiosos son estas: ¿Qué es el ritual? ¿Qué función individual y social tiene? ¿Es útil? ¿Cuántos tipos existen? ¿Está unido a la tradición? ¿Es conservador, o es creativo y transformador?

Las respuestas a estos interrogantes son diversas y, las más de las veces, contradictorias. Este libro voy a estructurarlo como una introducción, ya que entiendo que actualmente, estando como estamos en un mundo cambiante, no me parece lógico poner límites a nada, sugerencias en el mejor de los casos. Un texto debe servir para que su contenido sea superado en otros posteriores, ya que es una forma de admitir que el mundo avanza.

Por último, advertir que los textos copiados de cada uno de los originales aparecerán en la lengua de cada uno de los autores y en español universal, o en caste-

llano, como se dice en Latinoamérica, a pie de página. Me hago responsable, por si hubiera algún error, de todos estos traslados.

## CAPÍTULO 1.

### IMPACTO Y APOYO DE LA ETOLOGÍA AL ESTUDIO DEL RITUAL

---

El darwinismo es el responsable de que académicos, de varias disciplinas, se aplicaran a estudiar el comportamiento de los animales y si estos tenían conductas que pudieran atribuirse a las sociedades humanas; es más, como el momento, mediados del siglo XIX, estaba señalado por la evolución, pues parece que no debía extrañar que los estudiosos se dedicaran a observar a los irracionales y qué función deberían tener los movimientos que realizaran estos en varios momentos.

En consecuencia, la etología es responsable de influir en los rituales realizados por los humanos, al menos analizando las pautas cuando ocurren. Cuando se iniciaron los aportes sobre ceremoniales, en la segunda mitad del siglo XIX, los proporcionados entonces, e incluso los de más tarde, se centraron en los ejecutados por los sacerdotes en los momentos en los que debían dirigir el rezo comunitario. En este sentido apareció de inmediato, que la creencia religiosa había requerido desde siempre de unos ritos ya que podían considerarse como un cierto apoyo para conectar con la divinidad en la que manifestaba creerse. Esta dimensión hundía sus raíces hasta el principio de los tiempos.

En las épocas posteriores e inmediatas a Darwin, se señalaba que los rituales acontecían porque eran uno de los productos añejos a las religiones y este fue uno de los motivos por los que científicos alemanes, británicos y franceses, principalmente, se dedicaron a estudiar la letra de La Biblia en busca de textos que hicieran referencia a las ceremonias descritas en ese libro, especialmente en el Viejo Testamento. En este sentido, identificar el contexto del protocolo fue algo que se impuso añadiéndole ingredientes que fueron a más complicaciones a corto plazo, pero que fijaba las bases para que se desarrollara socialmente acorde con la divinidad. Cualquier tipo de liturgia requiere ambientes apropiados.

A la par, para poder conseguir esa identificación era necesario dotar a los actores de razón, lenguaje, capacidad para interpretar los símbolos, potencial individual y social de los diferentes ritos; que, para poder cumplir con los objetivos, debían ser

oficiados por un clero oficial, intermediario entre la divinidad y sus conciudadanos. Estas estructuras requerían que la sociedad en general estuviera en situación organizada de jefatura por lo menos, o que se hallara ya en el rango estatal (Service, 1984; Earle, 2004), ya que en escenario de tribu o de banda parece imposible disponer de especialistas a tiempo completo. Por otro lado, si tenemos en cuenta la variable que conecta a los humanos con ciertas conductas estudiadas por la etología, entonces hay que reconocer que los elementos del ritual nos orientan también a conectar con nuestros parientes biológicos entre los que dominan los primates (Wilson y Reeder, 2005).

### **1.1. Observando el ritual**

La puesta en marcha del darwinismo produjo impactos en muchas direcciones de las ciencias tal y como estaban en aquél entonces. No hubo más remedio que modificar las formas de pensar y en lo que afecta a los animales los cambios fueron más que notables en cuanto que se pasó de estudiarlos, cuando ya estaban muertos y podían reseñarse anatómicamente, a irlos a observar en sus hábitats naturales. Se abandonó el laboratorio y se abrieron los nichos geográficos.

Las observaciones de Darwin en las islas Galápagos sobre cómo habían evolucionado los pinzones, así como la presencia de higuas anfibias, de tortugas de gran tamaño y de otras especies permitieron a este archipiélago convertirse en un lugar privilegiado de estudio, no solo por ser estratégico en medio del océano Pacífico (Porter, 1822), sino por la enorme variedad de flora y fauna endémicas, aunque estas peculiaridades se pusieron de moda con posterioridad a Darwin (Grant, 2009).

El estudio de los pinzones representó una revolución cultural en Gran Bretaña, ya que desde que se hicieron públicas las opiniones darwinianas, los ornitólogos se aplicaron a estudiar los comportamientos de todo tipo de aves en las Islas Británicas. Los biólogos siguieron el mismo camino tanto en el estudio de la flora como en de la fauna. La evolución se aplicó a todo ser vivo y gracias a estos desarrollos se replantearon el quehacer de numerosas disciplinas surgiendo especialidades nuevas, así como enfoques que nada tenían que ver con los que se estaban en vigor escasos años antes (Keynes, 2000). Gracias al estudio del comportamiento de los animales surgió la etología o disciplina orientada al estudio de esa conducta en ellos (Gervet y Soleilhavoup, 1997: 195-220).

Si lo que debemos tener en cuenta es el comportamiento, entonces convenimos en que hay que considerar ciertos elementos previos. Para empezar y desde tiempo atrás hay dos formas de abordar la actuación de personas y colectivos extrayendo datos observados en la zoología: 1) dividir un organismo y observar de que ma-

teriales y partes posee, cómo están colocados y qué impacto pueden ejercer sobre cualquier actuación. Todo esto sería propio de la anatomía y basándonos en ella podemos comprender cómo se realizan todas las movi­lidades, que concluirán en un final escrito previamente sin que nos demos cuenta de esa posibilidad porque está codificado por la naturaleza; 2) otra forma de proceder reside en mantener intocado el organismo en cuestión e intentar deducir qué cualidades deben poseer sus mecanismos investigando sistemáticamente su comportamiento en conexión con los sucesos que acontecen en el medio natural en el que aparecen.

En los últimos tiempos, el estudio de la conducta se califica también de *caja negra*, que es una metáfora para designar que no podemos saber lo que hay en su interior hasta que no la abrimos; es decir, lo que deseamos saber *a posteriori*, ya que *a priori* no es posible, es el funcionamiento de un sistema que está acotado por una entrada (*input*) y por una salida (*output*), o lo que es lo mismo, entre el *estímulo* y la *respuesta*, entendiendo que esta última coincide con la *conducta* (Sáiz et alii, 2009: 240-241).

Los componentes de la *caja negra* debemos observarlos precisamente a partir de la conducta, por lo que parece que estamos obligados en examinar las relaciones que ocurran entre la estimulación que admite el organismo y las manifestaciones que este expresa. Los etólogos clásicos mejoraron ciertos conceptos que están en proporción directa con esta cuestión, ya que han tenido una gran trascendencia en el desarrollo de la disciplina.

El ejemplo que se nos propuso a finales de los 1930, respecto a cómo un ganso recupera uno de los huevos que se ha salido del nido durante el tiempo de incubación, pues esta ave no lo desprecia, sino que realiza un movimiento con su pico para volverlo a introducir en el mismo lugar del que se había escapado (Lorenz y Tinbergen, 1938). Esta acción la realiza con la suficiente habilidad para que no se quiebre. Este hecho fue estudiado valorando tres aspectos: 1) estímulo señal que es el huevo fuera del nido, que desencadena la acción inmediata de una conducta; 2) pauta de acción fija, que es la respuesta del ave al estímulo; 3) mecanismo desencadenador innato, que es la estructura interna del organismo que despierta y pone en marcha la pauta de acción fija debido al estímulo.

En 1859 aparece una obra de Charles Darwin que revolucionó el mundo universitario, a las sociedades laicas y a las religiosas; me refiero a *On the Origin of Species*. Las repercusiones de esta publicación influyen hasta la actualidad. Dos conceptos debemos extraer de este aporte: 1) exponer una duda juiciosa respecto de la conducta de una evolución sobre lo que ocurría sobre la tierra, que hasta entonces era impensable; 2) describió el mecanismo que promovía las transformaciones e impulsaba el citado proceso evolutivo. A este segundo lo nombró

*selección natural* y esta potencialidad es la que designa la supervivencia del más apto; es decir, este espécimen es el que tiene más posibilidades de dejar mayor número de herederos.

La selección natural implica que los individuos actúen en su propio interés; es decir, se manifiestan de forma egoísta; sin embargo, parece probado que los animales no operan de esa forma todo el tiempo, ya que unos se ayudan a otros cuando son de la misma especie. Un ejemplo claro de esto lo observamos en que los progenitores cuidan y alimentan a sus hijos, pero esto es durante un tiempo, pues con la mayoría de edad cada uno se las tiene que arreglar por sí mismo. La zoología muestra que ciertas especies depredadoras actúan en grupo y bajo la dirección de un líder.

Lobos, leones, hienas, perros salvajes africanos, etcétera, muestran una cierta cooperación entre todos los componentes de la manada a la hora de actuar, para capturar a una presa elegida por selección previa, no por azar. Aves y pájaros emiten señales de alarma cuando detectan a algún de depredador cercano<sup>7</sup>, incluso con riesgo de perder su vida. Existen ejemplos también en los que algunos animales suministran apoyo a otros para sacar adelante una descendencia que no es la suya.

Dicho esto, la pregunta que debemos hacernos es la siguiente: ¿cómo se podría manifestar la evolución de estos comportamientos filantrópicos y cooperativos en procesos de utilidades para estos individuos? Ciertamente, estas conductas de apoyo no fueron consideradas hasta mucho después de que apareciera la publicación citada de Darwin. El caso más abultado, y que por comparación arrincona el problema de la cooperación y filantropía de los vertebrados a la situación de insignificante, pertenece a los *insectos sociales*.

Estos, que representan unas 12 000 especies, cantidad más que respetable, ya que puede equipararse a las conocidas de aves y mamíferos, el autosacrificio alcanza hasta el punto de que algunos entes son estériles; es decir, nunca se propagan, pero su existencia se centra en cuidar a los descendientes de otros. Darwin observó este contexto y detectó la objeción que podría plantearse en el hecho de que la selección natural, que debe beneficiar una aportación genética máxima a las futuras generaciones, pudiera llevar al desarrollo de individuos estériles, que nunca se reproducirán por otra parte.

No resolvió este problema porque a mediados del siglo XIX se desconocían aún las leyes de la herencia, que fue una sombra durante tiempo. A partir de 1960, se promovió la valoración y la importancia de lo que Darwin había propuesto respecto a que en la evolución había un conflicto de intereses, ya que los individuos compe-

---

<sup>7</sup> Una escena que contemplo casi todos los días es ver una bandada de gorriones (*Passer domesticus*), alimentándose en las hierbas de mi jardín. Por lo general siempre hay uno que hace de vigía, que es el que advierte de la llegada de algún gato hambriento. En este caso emite un sonido que obliga al resto a levantar el vuelo y a alejarse. Creo que esto no ocurriría en campo abierto por los mismos motivos.

tían entre ellos. Quede claro que aún no se ha logrado la solución total que satisfaga a todas las opiniones.

En consecuencia, con lo que vengo diciendo, el análisis del ritual, desde la visión etológica, ha añadido un modelo circular, que es el que afecta a la mayor parte de las culturas, ya que la linealidad sospecha Mircea Eliade que solo atañe a la cultura judía tal como se expresa ésta en el Viejo Testamento (Eliade, 1949). Cuanto menos, debemos suponer que los comportamientos animales, en los momentos en los que se dedican a desarrollar *ceremonias*, pueden decirnos *algo* sobre los ritos humanos; no obstante, no hay que olvidar que el desarrollado por los hombres, en una variedad más que notable, es el que permitió a los etólogos captar el proceder de los irracionales en los procesos que conducen y despliegan cualquier ceremonia; es más, esto es ingrediente prioritario.

Igualmente, no olvidemos que los rituales son todos ellos repetitivos; es decir, una vez que se comienza vuelve a repetirse en la fecha fijada incluso aunque los actores que representan sean diferentes. Un ejemplo sencillo de esto. Los cardenales de la Iglesia Católica se congregan en el Vaticano y se aíslan a puerta cerrada en la Capilla Sixtina. El motivo de proceder así es que una vez que fallece el Papa reinante, hay que buscarle sucesor y una vez que llegan a un acuerdo se notifica a quienes esperan a pie firme si ya ha habido suerte o hay que esperar aún. En el primer caso se emite una fumata blanca, que simboliza que ya hay elegido; en el segundo el humo es de color gris o negro, lo que debe entenderse que aún no se logrado el acuerdo.

En ciertos lugares como son los humedales naturales y lagunas de cierta importancia acontece año tras año el mismo trasiego de aves y en las mismas fechas. Estas zonas con agua son aptas para que las grullas que pasan el verano en el norte de Europa, por ejemplo, cuando levantan el vuelo para regresar a paisajes africanos hacen parada y fonda en la laguna denominada Gallocanta<sup>8</sup>, que recibió este nombre en épocas inmemoriales. Pues bien, cada mes de octubre comienzan a aterrizar colectivos de esta especie y permanecen ahora hasta mediados de febrero, que es cuando deciden regresar a la Europa septentrional; ya que, posiblemente por el calentamiento global que acontece ahora hayan decidido quedarse y romper con la tradición de empezar y concluir en África. Este acontecimiento se ha convertido en científico y en turístico a la vez. Conozco personas que acuden año tras año a contemplar el espectáculo, que con certeza tiene milenios de existencia. Aprovechando esa larga estancia, se inició la catalogación de estas especies y en 1998 se censaron más de 400 000 ejemplares y nunca se han reseñado menos de 150 000 grullas (Román Álvarez, 2019).

---

<sup>8</sup> La laguna Gallocanta es una reserva natural situada entre las provincias de Zaragoza y Teruel. Es la mayor de Europa en la variedad de salada y sus aguas contienen diez veces más sal que las del mar (Confederación Hidrográfica del Ebro, 2002).



Grullas en la laguna de Gallocanta. Foto: cortesía de Wikipedia.

Aprovechando los meses de invierno, que cada vez son menos fríos, los etólogos acuden a esta laguna de Gallocanta para observar las conductas cotidianas de cuantas aves anidan allí. En algunos momentos se han detectado que estas gesticulan y proyectan posturas; es más, cuando el número de ellas es excesivo, los recursos, de los que dependen, merman y esta escasez es lo que las obliga a levantar el vuelo y emigrar al norte de Europa antes de lo previsto (Dunn y Møller, 2019). En este sentido, creo que podemos hacer la propuesta de que los rituales no son elementos culturales exclusivos de las sociedades humanas, ya que los animales los practican también; en más, en uno y otro ambiente debemos tener en cuenta el componente simbólico que no es precisamente insignificante, sino todo lo contrario. Y con este aspecto hay que tener cuidado a la hora de proponer, para no perder el Norte y que se anule cualquier propuesta por buena que parezca (Gobierno de Aragón, 2018).

Pensar crítica y analíticamente cualquier dimensión del ritual requiere como mínimo considerar dos posibilidades: 1) acción; 2) idea. Hay que tener en cuenta que estas dos consideraciones deben estar bien diferenciadas. Para empezar, hay que tener claro que una cosa es el ritual en sí y otra la representación que pueda mostrar a quienes lo siguen, o a quienes lo estudian, que no tienen por qué coincidir. Las discrepancias y diferencias han procedido, desde el punto de vista histórico, de la *definición* que se le aplique, ya que por más que se discuta puede ser una construcción académica, pero es mucho más, porque no resulta fácil captar y analizar las

emociones de cada individuo que participe, por la sencilla razón de que esa posibilidad es solo personal y raramente se exterioriza.

El ritual, en cuanto categoría, no es lo mismo que su representación; es más, puede representar a un fenómeno real, describirlo sin entrar en detalles, o también se puede participar en él sin tener en nada y para nada lo que dice a muchos que participan, pero que solo son, desde el punto de vista intelectual, partícipes a los que no interesa *saber*, sino solo *concurrir* socialmente. En este sentido, las vivencias religiosas manifestadas en un ceremonial público pueden exteriorizarse, pero las más de las veces cada uno concurre solicitando favores a la divinidad o santo que está enalteciendo en ese momento, para que a él o a su familia o amigos conceda este, o aquel favor.

Lo dicho hasta este momento no excluye otras posibilidades. Teniendo en cuenta que quien me solicita este libro es un hombre lambayecano, vecino más que reconocido de la ciudad de Lambayeque, narro el siguiente acontecimiento, del que fui testigo; pero antes unos renglones de historia. El 3 de octubre de 1968, el general Juan Velasco Alvarado, dio un golpe de estado en Perú e instituyó una dictadura militar sustituyendo al gobierno democrático de Fernando Belaunde Terry. Como líder de esta duró hasta que sus propios compañeros lo quitaron y orientaron las cosas por otro camino.

El sustituto fue Francisco Morales Bermúdez Cerruti, también general y que fue el encargado de devolver al Perú a unas elecciones obligadas por la situación de deterioro y esto ocurrió a raíz del 19 de julio de 1977, pues ese día aconteció un paro general convocado por la CGTP<sup>9</sup>, que desembocó posteriormente, el 28 de julio de 1980, reeligiendo nuevamente a Fernando Belaúnde Terry.

Pues bien, entre estas dos fechas, los partidos políticos volvieron a poder manifestarse con sus líderes y para lo que interesa aquí narro el siguiente acontecimiento, que ocurrió en la Plaza de Armas de la ciudad de Lambayeque. Luis Bedoya Reyes<sup>10</sup>, candidato a la presidencia de la República por el Partido Popular Cristiano, apareció por la citada ciudad para hacer campaña y posiblemente nadie de su formación le advirtió, que ese día, 29 de octubre de 1977, era sábado y coincidiría con un festejo en honor a San Judas Tadeo. El lugar desde el que hablaría fue situado al lado del Casino y desde allí se dirigió a los presentes que abarrotaban la citada plaza. En el momento álgido de su discurso pronunció la siguiente frase: *mirando desde aquí y mirando para este otro lado veo dos líneas que se unen en donde estoy yo. Es la L que nos une, la de Lambayeque y la de Lucho.*

---

9 CGTP (Confederación General de Trabajadores de Perú).

10 Luis (Lucho) Bedoya Reyes fue ministro de justicia y había cobrado notoriedad como alcalde de Lima, ciudad en la que realizó grandes obras como la Vía Expresa de la República, más conocida como *El Zanjón*. Fue un gran orador.